

Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino*, edición crítico-histórica, preparada por Pedro RODRÍGUEZ, Madrid, Rialp, 2004, 3ª ed. corregida y aumentada, 1237 pp.

En febrero de 2002 veía la luz la edición de *Camino* preparada por el profesor Pedro Rodríguez, tras varios años de ímprobo trabajo de investigación, para presentar un texto crítico y anotado de una de las obras ascéticas más editadas y leídas del siglo XX. Tres meses después ofrecía ya una segunda edición, con corrección de erratas. Al cabo de dos años, en mayo de 2004, apareció la tercera edición corregida y aumentada, con importantes adiciones, precisiones, etc., que he leído y trabajado para elaborar esta recensión. No obstante he consultado las dos anteriores para identificar las adiciones y las correcciones. Y he tenido en cuenta las valiosas aportaciones de estudiosos de diversos ámbitos científicos publicadas por Constantino Ánchel en *En torno a la edición crítica de Camino. Análisis y reflexiones* (Madrid, Rialp, 2003).

Es una obra sin precedentes en los estudios filológicos hispánicos. Después me referiré a la naturaleza precisa de esta edición. Vaya por delante, sin embargo, el reconocimiento de una exigente y meticulosa labor de estudio filológico, histórico y teológico del texto, de un exhaustivo rastreo de fuentes para la anotación y cotejo, y también de una cuidadísima disposición de los materiales y redacción de los comentarios, notas y estudio preliminar. Podrá mejorarse esta tercera edición merced al estudio del texto y de las fuentes conocidas y a la identificación de otras nuevas, pero es difícil que alguien pueda acometer con más rigor y acierto el estudio de la génesis de *Camino*.

Oportunidad

El libro más conocido de san Josemaría merecía, sin duda, un esfuerzo que no dudo en calificar de titánico. Muchas otras obras literarias –religiosas y profanas– pueden ahora envidiar con motivo la labor realizada sobre los 999 puntos de *Camino*, que ha recibido del profesor Rodríguez la atención que no se ha prestado ni de lejos a tantos libros clásicos de la tradición literaria hispánica. No pretendo establecer una

analogía entre los textos sino entre los estudios. En este sentido, sólo algunas obras de Quevedo, el *Quijote* y unos pocos dramas del Siglo de Oro pueden compararsele. Obras consideradas capitales como *La Celestina* todavía esperan, por ejemplo, una anotación filológica que pueda tenerse, con todas las salvedades que se quiera, por definitiva. Sin embargo, *Camino* ha conocido ya su *editio magna*, de insustituible consulta para cualquier edición futura, ya del texto original, ya de traducciones a lenguas modernas.

¿Necesitaba *Camino* una edición crítica? Es deseable para toda obra literaria o científica de gran difusión, pero sólo es indispensable cuando la tradición textual es problemática y no se sabe cuál es el original, la versión que responde a la más acabada voluntad del autor. No es el caso de *Camino*, cuyas mínimas variantes textuales (variantes en sentido estricto, no erratas) son siempre de autor. Puede decirse, por tanto, que a su muerte dejaba una redacción filológicamente fiable. Pero a *Camino* precedieron *Consideraciones Espirituales* (*Cec*, Cuenca, 1934) y los dos fascículos de *Consideraciones espirituales* de Madrid (*Cem*, 1932 y 1933), que contenían parte de lo que en 1938-1939 el autor convertiría en *Camino*. Así, el texto editado en Valencia en 1939, sustancialmente igual al de todas las ediciones de *Camino* hasta hoy, tiene una compleja historia redaccional. Ésta es la principal aportación –que no la única– del trabajo del profesor Rodríguez: cómo y cuándo el autor fue componiendo *Camino*. Resulta obvio que su indagación no sólo nos facilita una mayor comprensión del libro sino también un mejor conocimiento de la figura de san Josemaría. Si esto es así en cualquier texto literario, mucho más cuando es fuertemente autobiográfico, como es el caso.

Disposición de la obra

El volumen del profesor Rodríguez contiene en realidad varios trabajos científicos en las apretadas 1237 páginas de lo que formalmente pasa por ser una edición pero es, de hecho, una sólida y multiforme monografía de investigación filológica.

El cuerpo de la obra es lógicamente la edición de los 999 puntos de *Camino* y de su “Prólogo al lector” (pp. 207-1052), con los comentarios, el aparato crítico y las notas. Los comentarios se ofrecen tras cada unidad de texto (los “puntos” o sentencias), y las variantes textuales y las notas al pie de la página, lo que no facilita la lectura de corrido del libro pero sí la consulta (y ésta es una obra de consulta, sobre todo), evitando molestas remisiones a otros lugares del volumen.

Al texto crítico comentado y anotado preceden los preliminares (pp. XIII-XLII) y la generosa “Introducción general” (pp. 1-206). Los preliminares son: un “Prólogo” del Prelado del Opus Dei a la primera edición, fechado en noviembre de 2001 (pp. XIII-XIV); una nota editorial sobre el proyecto de edición de las obras completas de san Josemaría (pp. XV-XVII); tres notas del autor, “Al lector” (pp. XVII-XX), “Nota a la segunda edición” (p. XXI) y “Nota a la tercera edición” (pp. XXII-XXIII); “Siglas y abreviaturas” (pp. XXV-XXXV); y finalmente, una sucinta “Cronología de Josemaría Escrivá” (pp. XXXVII-XLII).

La “Introducción general” es por sí misma una monografía sobre *Camino*, organizada en cinco capítulos y articulada a la vez en catorce epígrafes. Los capítulos, más que apartados, están dedicados a san Josemaría (pp. 3-16); a la historia de la redacción de *Camino* (pp. 17-122); a la descripción y análisis de los materiales o fuentes manejados para la edición (pp. 123-151); al género literario, finalidad y estructura de *Camino* (pp. 153-189); y a la descripción del aparato crítico y de las notas de documentación (pp. 193-206).

Al texto editado, anotado y comentado, suceden los postliminarios, de gran utilidad para la consulta y manejo de la obra, algunos de los cuales son en sí mismos documentos. En primer lugar, los seis “Apéndices” (pp. 1053-1088), que contienen las “Piezas de la tradición editorial”. A saber: la “Introducción” de mons. Lauzurica (19.III.1939); las “Notas” y “Dedicatorias” del autor a distintas ediciones; las “Notas” editoriales a diversas ediciones; el “Índice de conceptos” o analítico tomado de la vigesimonovena edición (1975, última en vida del autor); el “Índice bíblico” de textos citados en *Camino*, tomado de la vigesimoséptima edición (1973); y en sexto lugar, el “Elenco de ediciones y otros datos editoriales”.

A continuación, se editan, en tres “Anexos” (pp. 1089-1157) –*Cem32*, *Cem33* y *Cec-*, textos bibliográficamente raros y hasta ahora de difícil acceso, pero imprescindibles para el conocimiento de la historia textual de *Camino*.

Finalmente, siguen los “Índices” del volumen (pp. 1159-1237): índice cronológico de los puntos de *Camino*, índice de textos de la Sagrada Escritura, índice analítico, índice onomástico y toponímico e índice general. El índice cronológico de los puntos es del todo novedoso y de extraordinario interés, pues condensa en una cronología de pocas páginas años de trabajo de Pedro Rodríguez y una de las grandes aportaciones de su edición: la datación exacta de la mitad de los puntos de *Camino*, redactados entre el 13.III.1930 (hay seis puntos “anteriores a 1930”) y el 9.I.1939 (hay un punto añadido por el autor en 1949). Se trata de algo insólito, sobre todo tratándose de una obra del género gnómico o sapiencial, compuesta de sentencias o aforismos de diversa procedencia.

Metodología

La investigación del profesor Rodríguez ha sido rigurosa. El rastreo de fuentes, su descripción y catalogación, su cotejo con el *textus receptus* de *Camino*, etc., son impecables. Ciertamente, no había necesidad de reconstruir el original, ni arquetipos intermedios, como en la mayor parte de ediciones críticas. Pero sí ha cabido una reconstrucción o recreación del proceso de redacción de *Camino*, sumamente revelador de la personalidad y pensamiento del autor. Tras esta edición serán mucho más fáciles los estudios sobre el género, la doctrina espiritual y las cualidades estéticas de la obra.

En primer lugar, se ha hecho un acertado uso de las que pudieran llamarse fuentes redaccionales: textos del autor previos a *Camino* presentes de una forma más o menos literal en él. Ahí se cuentan desde pequeñas fichas y octavillas de papel reutilizado

hasta las ediciones (a velógrafo y en imprenta) de *Cem* y *Cec*, pasando por los distintos cuadernos que recogen los *Apuntes íntimos* (*Apínt*) y guiones de predicación. Un trabajo sereno y arduo de cotejo de textos, una vez descritos y ordenados todos los materiales, ha permitido identificar el origen, la fecha y otras circunstancias de muchos puntos de *Camino*. Todo ello está bien recogido y expuesto en los comentarios y en las notas de la edición.

De distinto signo es la búsqueda de fuentes literarias del texto. Se sabe a estas alturas que una gran parte de los puntos tiene su origen en la vida del autor: nacen de vivencias y de la correspondencia de san Josemaría en los años treinta. Sin embargo, amén de la referencia constante a citas de la Escritura, afloran en *Camino* lecturas espirituales y profanas del autor: en unos casos de autores lejanos en el tiempo (Padres de la Iglesia, sobre todo), en otros místicos y literatos del Siglo de Oro (santa Teresa, san Juan de la Cruz, Alonso de Madrid, Antonio Panes, etc.), y en no pocas textos de santa Teresita o de autores aún más cercanos en el espacio y en el tiempo, como Francisca Javiera del Valle, cuyo ejemplar del *Decenario* anotado por san Josemaría ha sido también examinado por el autor.

Hay un tercer corpus de textos utilizados para la edición que no son propiamente fuentes sino más bien frases paralelas, que ilustran bien el sentido y alcance de determinados conceptos y expresiones del autor. Ahí tienen cabida citas bíblicas, clásicos de la espiritualidad católica, como los *Ejercicios* de san Ignacio, así como autoridades literarias clásicas y modernas, religiosas y profanas. La utilización de este tipo de referencias requiere buen tino, pues es muy fácil caer en la prolijidad, oscureciendo el texto anotado y desviando la atención del lector. Entiendo que el autor ha sido parco en la mayoría de los casos, y que los textos citados o referidos cumplen su función: ilustrar el sentido del punto anotado mediante lugares paralelos procedentes de otras autoridades teológicas y literarias.

El aporte de materiales de la investigación en forma de comentarios y notas a cada uno de los puntos ha sido una sabia decisión del profesor Rodríguez. Si bien se sirve de ellos en el largo estudio introductorio, la mayor parte de fuentes y documentos son utilizados conforme lo exige la anotación de los 999 puntos. Ya dije antes que tal disposición no favorece la lectura de corrido de *Camino*; diría más, tampoco hace fácil ni amena la lectura continua del conjunto de puntos y comentarios, pero es la más adecuada para iluminar el original (función de todo anotador) sin escamotearlo, sin quitarle la palabra, sin violentar su sentido. La edición que comentamos contiene sin duda –es tan inevitable como necesario– interpretación del texto, pero las más de las veces se deja al lector que saque sus conclusiones tras la lectura de un punto y de sus comentarios y notas.

No obstante, puede formularse en este sentido una pequeña objeción. En el estudio preliminar, en el capítulo “Género literario, finalidad y estructura de *Camino*”, se postula una estructura semántica para el texto, articulado en tres partes: “Seguir a Cristo: los comienzos del camino” (caps. 1-21), “Hacia la santidad: caminar *in Ecclesia*” (caps. 22-35) y “Plenamente en Cristo: llamada y misión” (caps. 36-46).

En cada uno de ellos distingue a su vez dos apartados o secciones. La propuesta está bien fundamentada y es más que verosímil. Los estudiosos deberán determinar ahora hasta qué punto refleja bien la naturaleza y estructura del libro; y posiblemente concluyan que es un hallazgo que ilumina su lectura. Pero entiendo también que no es pertinente que en el índice y en la edición misma del texto (cfr. pp. 213, 662 y 861) se ofrezca esa división en partes, aunque sea entre corchetes, que deben utilizarse más bien cuando se quiere restaurar una lección que se supone perdida o deturpada, a partir de algún testimonio textual o bien *ope ingenii*. En ninguna edición de *Camino* hasta hoy aparecía esa distribución en partes; su existencia debe ser considerada en estudios o a lo sumo en comentarios o notas, pero nunca a mi juicio “afirmada” en el cuerpo del libro. Sí cabe numerar los capítulos, aunque no lo estén en el *textus receptus* (por eso lo hace mediante corchetes); pero no conviene, pienso, estructurar o dividir la obra según criterios que no son estrictamente del autor.

¿Edición crítica?

A cualquiera mínimamente versado en crítica textual le sorprenderá el marbete “crítico-histórica” aplicado a esta modélica edición, que sólo en parte (y la menos importante, sin duda) es una edición crítica. Aparece el doblete más de quince veces en los preliminares y estudio introductorio (también en la forma inversa, “histórico-crítica”). Y en la dedicatoria del profesor Rodríguez se habla de “edición crítica”, sin añadir el segundo adjetivo.

Hacer una simple edición crítica de *Camino*, con ser algo meritorio, no requería esfuerzo ni talento especiales. Se disponía de un *textus receptus* seguro –fijado por el autor en vida–, de la edición príncipe, de ejemplares de todas las ediciones, etc. Sin embargo, aquí se ofrece un texto crítico seguro y limpio, con un aparato de variantes que va más allá de lo requerido, pues ofrece muchas que lo son simplemente de textos anteriores (*Apint*, *Cem*, *Cec*, textos de la predicación a los refugiados en la Legación de Honduras en 1937, las “gaiticas” –breves anotaciones en piezas pequeñas de papel–), lo cual ya significa una aportación valiosísima que va más allá de lo que una edición crítica exige. Luego el término “crítica” (en doblete con “histórica” o en solitario) no avalora en absoluto el hercúleo trabajo del profesor Rodríguez sino que en todo caso lo oscurece. Ciertamente, para el común de los lectores el adjetivo “crítica” puede conferir una aureola de seriedad a la edición, pero resulta una denominación impropia e insuficiente. ¿Queda compensada esa inadecuación con la utilización del segundo adjetivo del doblete? Sí, pero sólo en parte. Preferiría llamarle edición anotada o edición genética. Reconozco que pueden parecer denominaciones poco usuales en la portada de un libro, pero reflejarían mejor la epopeya del autor del volumen aquí reseñado, que ha conseguido no sólo explicarnos hasta los últimos recovecos el sentido literal y figurado de *Camino*, sino que ha dado razón de cuándo y cómo se compusieron los puntos, de su posición en las distintas fases redaccionales, e incluso algunas veces sugiere hipotéticos pero convincentes porqués. Esta edición, repito, es mucho más que una edición crítica. Es un tipo de edición sin apenas precedentes en

el Hispanismo y, desde luego, infrecuente en la edición de libros de espiritualidad. No obstante, mucho ha considerado el editor la oportunidad de llamar “crítico-histórica” a su edición, por lo que todo lo anterior no se propone como enmienda sino como mera sugerencia de trabajo, para futuras ediciones análogas.

¿Edición modelo?

No sé qué habrá pesado más en la Comisión coordinadora de la edición de las obras completas de san Josemaría Escrivá para empezar por *Camino*, mas sin duda han acertado. Se trata del texto más difundido de los muchos que dejó san Josemaría y con una recepción amplia y diversa que ha dado ya probados frutos de santidad en los cinco continentes. Al mismo tiempo, la documentación reunida y estudiada por el profesor Rodríguez –se deduce de la lectura de su edición que no era consciente en un principio de la riqueza del material que iba a encontrar– es extraordinaria en número y en calidad. No es probable que los editores de otros textos más breves o menos complejos –pienso en *Santo Rosario* y en *Conversaciones*– cuenten con tan precioso auxilio documental. Sin embargo, puede decirse que la edición de Pedro Rodríguez es paradigmática y, por tanto, modelo para el resto de editores de las obras completas. El uso de las fuentes, el rigor en la descripción, clasificación y análisis no pueden ser menores en la edición del resto del corpus. Lo mismo puede decirse de la anotación; si no se dispondrá siempre del enorme caudal que suponen las obras previas a *Camino*, los *Apuntes íntimos* y otra documentación escrita, sí se deberá proceder con extremado rigor en el manejo de las fuentes que he llamado literarias y de los lugares paralelos, técnica en la que la presente edición es modélica.

El estudio introductorio

Como decía, la introducción del profesor Rodríguez a su edición constituye por sí misma una importante monografía sobre el texto; es de hecho la contribución más importante que hasta la fecha se ha hecho sobre la génesis y la estructura de *Camino*.

El primero de los cinco capítulos, el dedicado al autor, ofrece unos “Rasgos biográficos” (pp. 3-12) y una primera aproximación a su bibliografía (pp. 13-16), donde da cuenta de los distintos tipos de textos escritos que dejó san Josemaría. Tras referirse a sus obras publicadas, ya en vida, ya póstumamente, llama la atención sobre la gran cantidad de material escrito relacionado con su predicación oral, tan útil a la hora de anotar los puntos de *Camino*.

En el tercer capítulo (pp. 122-151) se describen pormenorizadamente los materiales textuales de la edición crítica; a saber:

a) El “borrador” de *Camino*, compuesto del ejemplar de *Cec* anotado y utilizado por el autor para la composición del original, y las 550 octavillas en las que se contiene el borrador autógrafo de los materiales que san Josemaría integra en 1938 con los de *Cec*. El estudio de estos materiales le retrotrae a otros, como son las “gaiticas”,

la correspondencia de esos años, los guiones de predicación conservados y la transcripción de las meditaciones en la Legación de Honduras.

b) El “manuscrito original” de *Camino*, entendiendo por tal el mecanografiado por el propio autor, pero no autógrafo, que se entregó a una imprenta valenciana en junio de 1939.

c) Las distintas ediciones de *Camino*, desde la príncipe (1939) hasta la última hecha en vida del autor (1975).

El quinto capítulo, “Descripción del aparato crítico y de las notas de documentación” (pp. 193-206) es de carácter práctico; viene a ser un breve manual de manejo de la edición, una brújula para el piélago de datos, siglas y remisiones que pueblan el aparato crítico, los comentarios y las notas.

Pero lo verdaderamente enjundioso del estudio introductorio son los capítulos segundo y cuarto. Ahí el autor del presente volumen saca partido a la copiosa documentación que ha conseguido reunir a lo largo de su trabajo. Se podría decir que la *almendra* del volumen es el capítulo segundo (pp. 17-122), que trata de la redacción y edición de *Camino*. Pedro Rodríguez hace gala de su talante investigador (y aun detectivesco), y también de una paciencia y una minuciosidad encomiables. Consigue relacionar paso a paso todas las piezas de la tradición textual, desde la octavilla suelta aparentemente menos relevante hasta la edición príncipe de 1939. Y lejos de agotar al lector con tediosas enumeraciones y descripciones, consigue despertar su interés al convertir la narración de sus pesquisas en una *quasi* novela policiaca. Sobresalen entre los materiales examinados unos muy especiales que habrán estimulado la curiosidad de todo lector: los nueve cuadernos de *Apuntes íntimos* (sólo se conservan ocho, pues el primero fue destruido por san Josemaría), donde transcribía vivencias, mociones y pensamientos muy íntimos de los primeros años de trabajo fundacional, que alimentaban su vida de oración y de los que se servía en las conversaciones con su confesor. Todo ese material fue cuidadosamente anotado por mons. Álvaro del Portillo a la muerte del autor. Su contenido es precioso no ya para conocer la génesis de *Camino* –pues su larga gestación y los *Apínt* son coetáneos– sino para hacerse cargo de la talla espiritual del joven fundador.

El cuarto capítulo (pp. 153-191) es el más creativo, por su misma naturaleza, ya que ahí el profesor Rodríguez se enfrenta a difíciles cuestiones que exigen una interpretación personal: el género literario de *Camino* –en cualquier caso híbrido, a caballo de distintas categorías taxonómicas acuñadas por la crítica literaria–, su finalidad y su estructura. Si lo expuesto en los otros cuatro capítulos de la introducción difícilmente admite réplica, aquí ha entrado de lleno en el terreno de la hipótesis y de la opinión. Los estudiosos tienen ahora la palabra para aprovechar las claves hermenéuticas propuestas por el profesor Rodríguez o para disentir y proponer otras. Partirán de la innegable pero poco precisa adscripción al género aforístico y deberán aquilatar sus criterios a la luz de la *intentio* espiritual del texto (p. 153), categoría escurridiza y peligrosa, pero ineludible tras el trabajo de disección, análisis y reconstrucción reali-

zado por el editor. Y estarán, sin duda, en mejores condiciones de valorar la dimensión específicamente estética y literaria de *Camino*.

Futuras ediciones

Por último, quiero incidir otra vez en lo novedoso del trabajo del profesor Rodríguez y de lo “definitivo” –no hay nunca nada definitivo en los estudios filológicos– de su edición, referencia inexcusable no sólo para los estudiosos de la vida y obra de san Josemaría y de la Teología espiritual, sino para cualquier editor y anotador de textos literarios o científicos. Se siga o no la pauta del autor de este volumen en el resto de obras de san Josemaría, el nivel alcanzado por su buen hacer es muy alto y también por tanto las expectativas generadas. No quisiera sin embargo concluir sin proponer algo que la edición del profesor Rodríguez ha puesto de manifiesto: *Camino* pide ser editado con anotación. No ya para el estudioso sino para todo lector. Ya se ha hecho en alguna edición en otra lengua (London, Scepter, 2001, edición bilingüe). El trabajo realizado permitiría a futuros editores –será bueno que la anotación vaya firmada– presentar el texto con más o menos notas que contextualicen y aclaren lugares, citas y giros de san Josemaría que, por su especial riqueza y profundidad espiritual o por otras razones de tipo lingüístico o histórico, requieren el auxilio de una sucinta y sobria nota filológica. Considero no obstante que el más indicado para dar a la imprenta una edición anotada es el propio Pedro Rodríguez.

Asimismo, ha puesto de manifiesto, puesto que ha accedido a una documentación preciosa de y sobre san Josemaría, la conveniencia de que se editen *quam primum* de forma análoga el resto de sus escritos, incluido el epistolario, que en esta edición asoman tímidamente cual punta de iceberg y maravillan al lector por su riqueza teológica, antropológica y estética. No en vano san Josemaría, tras su canonización, se ha convertido en patrimonio común de la Iglesia y de la Humanidad. Y en este turbulento comienzo del tercer milenio serán pocas todas las luces que alumbren el caminar fatigoso e inseguro de los hombres de buena voluntad hacia la Verdad y la Vida.

Francisco Crosas